

CARLOS URDIALES RECIO

Educador. Madrid

«Si le dejásemos a Dios que nos invadiera con el Espíritu de Jesús, lo esperaría todo. Pero eso no sé cómo puede ocurrir sin que nos zambullamos en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia»

1.

Mi respuesta a esta pregunta, Teódulo, amigo, está escrita en la parte alta de un gran lienzo de Velázquez (160 x 110), formidable retrato de la venerable madre Jerónima de la Fuente, que no dejo de ver cuando subo al museo del Prado. Lo conoces. Eres buen amigo del pintor sevillano. Quizá has visto también otro casi idéntico de la colección de Fernández de Araoz, en Madrid. En los dos, esta impresionante figura de mujer, viste el hábito marrón de las clarisas. En ambos por igual, sus curtidas facciones y en su honda mirada traslucen su ambiciosa decisión de misionar el mundo entero, pensando en Melico y Manila, donde murió. Sobre tan estupendo retrato hay una leyenda. Es inevitable, ante esta obra de juventud de Velázquez que, antes de leerla, nuestros ojos se crucen con los de tan intrépida mujer, 66 años, quizá. Nos busca con los suyos, que nos miran desde el siglo XVII. Tiene consigo la respuesta a tu pregunta en las manos y, escrita, para más abundancia, en lo alto. Lee. Fíjate en sus manos. Quizá le han preguntado muchas veces algo parecido a lo que ahora me preguntas a mí, sobre el peculiar siglo que le toca vivir, que ya va por los años 20. Con la derecha enarbola más que sostiene un crucifijo, con la izquierda aprieta segura un libro que debe de serle muy caro. Porque quede más claro lo que nos está

diciendo con sus manos, en el taller del pintor se ha escrito con letras grandes, capitales, el versillo de los trenos del profeta Jeremías que dice: *«Bonum est praestolari cum silentio salutare Dei»*:

Dos monjas y una novicia la acompañan en su misión. El mundo les viene chico a las cuatro. Hay que evangelizar el orbe entero, hasta los confines de la tierra, tan lejos entonces. Pero, por encima de ese imperativo de marcha, como se lee en el inmortal lienzo velazqueño, lo que más importa es esperar la salvación de Dios y esperarla en silencio. Dios es quien salva, quien nos salva, quien salva a quienes intentamos ayudar. Hay que volver a Cristo crucificado y al libro, a la Biblia, a la Tradición. Juntando las dos manos, volver a la fe cristiana, al denso y rico silencio cristiano. Desde él, esperar la salud que da Dios.

No podemos saber de qué trata el libro que sostiene la venerable con su mano izquierda, aunque habrá de leerse en su interior, la más clara y densa tradición, es decir, la más rica, la más en punta y cargada de la novedad en eterna aurora del Misterio de Dios y del mundo: ¿El "Audi filia" del Padre Maestro Juan de Avila, de 1574? ¿La "Guía de pecadores" de Fray Luis de Granada, tan franciscano de alma aunque dominico de orden?

Espero, pues, Teódulo, que el versillo de los trenos de Jeremías resuene fuerte, bajo las bóvedas de las catedrales de piedra, ¿por qué no, también, y, sobre todo, en el interior de las espirituales que sostienen al cielo la Iglesia de Jesús, tan hermosa, tan frágil, en el siglo XXI, una, santa, católica, apostólica, romana?

En el corazón de ese silencio de nuestras palabras, ante la Palabra de Dios que se sigue pronunciando, arde la llama de la fe. Por eso, el profeta de las lamentaciones nos dice que es bueno ese silencio. El profeta se ha adelantado al sermón del monte y nos lo da resumido con esa sola palabra. Las ocho bienaventuranzas de Jesús se encierran y reducen a una, que el Espíritu de Dios le adelantó al profeta, cuya misión era anunciar a los Judíos el

fin de la Vieja Alianza. Bienaventurados los silenciosos que le dejan hablar y hacer a Dios, en quien esperan. Jesús, seis siglos más tarde, explica la actitud humilde y callada de los siervos de Yavé. El silencio bueno, que adelanta Jeremías, lo declina Jesús apuntando ocho casos de felicidad: *bienaventurados los pobres, felices los mansos, dichosos los que tienen hambre, los sedientos...*

Hay que retirarse al silencio de la fe de Jesús, en el siglo XVI y en el XXI: el de la Palabra muerta en la cruz y el de la Palabra viva en la Escritura y la Tradición. Y esperar.

Jesús encontró poca fe en Israel. Se asombraba, en una ocasión, de que un centurión romano tuviera la fe del grano de mostaza, tesoro suficiente para circular y moverse por el Reino de Dios y para transportar montañas de un lugar a otro dentro de este otro mundo, más pequeño.

Falta fe y falta espíritu de fe. Mal empezamos el siglo. De otro modo dicho, como sabes, pues los términos son de San Juan Bautista de la Salle: nos falta el espíritu de fe que nos llevaría a mirar las cosas con los ojos de la fe, a hacerlo todo con la vista puesta en Dios y a atribuírselo todo a Él.

2.

Si le dejásemos a Dios que nos invadiera con el Espíritu de Jesús, lo esperaríamos todo. Pero eso no sé cómo puede ocurrir sin que nos zambullamos en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia.

En mi caso, desde mi situación específica de educador, me parece que la escuela ha de abrir sus puertas de par en par a la Escritura y a la Tradición de la Iglesia. El Antiguo y el Nuevo Testamentos han de señorear las escuelas y la formidable historia de la Iglesia, sacramento del encuentro de Dios con su creación. Nuestros muchachos han de dilatar sus pulmones y

oxigenarlos con estos eternos y siempre nuevos aires. La santa Biblia y la Tradición santa de la Iglesia están casi inéditas para ellos.

Los muchachos tienen hambre de un manjar como este. Creen, muchos, que lo que más les apetece es ir tras el amor y la libertad, la fiesta y la posesión de mil cosas que consumir. Papini lo veía claro al terminar su *"Historia de Cristo"*: *«Todos te necesitan, incluso los que te ignoran, y los que te ignoran muchos más que aquellos que lo saben. El hambriento se imagina que busca el pan, y lo que tiene es hambre de Ti; el sediento cree que quiere agua, y tiene sed de Ti. El enfermo se engaña creyendo que anhela la salud, y su malestar es la ausencia de Ti. Quien busca la belleza en el mundo, te busca sin darse cuenta a Ti, que eres la belleza entera y perfecta...»*

Algunas veces leo en los periódicos que los obispos españoles se interesan por la clases de religión, que han de tener un espacio suficiente en el currículo de estudios de los escolares. Los periodistas no dejan de publicar la noticia si lo que exponen los obispos son consideraciones económicas. Pocas veces nos informan de la enorme preocupación que les debe acarrear el problema y de las soluciones de urgencia e ilusión que puede que le den. Me produce pena este desequilibrio.

Con sólo poner en las manos de los escolares los héroes bíblicos, se les caerían los clásicos griegos y romanos. Hoy andan todos por los suelos, es la verdad. Nadie parece tener noticia ni de unos ni de otros. Paul Claudel escribía: *«La Biblia va asociada en mí al primer despertar del corazón y de la imaginación, desde mi más tierna infancia, cuando aprendí a leer en los bancos de las queridas Hermanas de la Doctrina Cristiana en el Bar-le-Duc, ¡con que interés miraba las grandes láminas de cartón que nos ponían las manos y donde estaba representada la vida del Señor! Y más tarde en el liceo, la Historia Sagrada hizo las delicias de mi clase de preparatorio. El sacrificio de Abrahán, el diluvio, los desposorios de Rebeca, Jacob, Moisés, Tobías, el castigo de Heliodoro, la samaritana y*

tantas imágenes magníficas de las que sólo puedo decir una cosa: que calmaban mi sensibilidad. ¡Qué caída, luego, cuando tuve que pasar a los griegos, a los romanos y a sus sucesores!»

A un profesor, por el azar de los colegios privados, en este caso no de religiosos, le encargaron, ya va para tres años «que diera» las clases de religión de los dos ciclos de la ESO. Me preguntó qué que hacía. El panorama era desolador y triste. Olvídate de los programas, si puedes -le dije-, proyecta a tus alumnos los grabados de Gustavo Doré del Antiguo y del Nuevo Testamento, selecciona otras obras de arte, abre la Biblia, cuenta, deja que te pregunten, llévalas a que expresen por escrito, con colores e imaginación, mediante el ordenador, lo que más les llene, importe o fascine. Eso sí -también le dije- lee los textos sagrados, devóralos primero tú, ten a mano una buena lectura de un especialista en Escritura y encomiéndate a los cuatro santos evangelistas. Esos muchachos desean durante la semana que llegue la hora semanal de religión.

Si la Biblia fuera una *Ilíada* oriental merecería la pena tenerla entre las obras que hacen crecer y vivir con alguna alegría llena de sentido, propia de las personas. Pero, es más, mucho más. Tú lo sabes bien. Yo lo sabía, más o menos. Lo sigo descubriendo. Últimamente me propuse releer el libro de Job con un amigo, cada uno por su lado. Luego juntaríamos las lecturas. Hemos hablado varias veces sobre este poema cumbre de la literatura universal largo y tendido. Lo leímos de la mano de nuestro Luis Alonso Schökel. Yo volví a Beaucamp y a Gordls. Me asombró lo que sobre Job sabían -interpretaciones modernísimas- en el siglo VI San Gregorio Magno y, en el XVI-XVII, el jesuita Juan de Pineda.

El autor del libro sagrado es un intelectual, ¡qué valiente y agudísimo intelectual!, y el libro, una tragedia didáctica que no desmerece, literariamente, ni de "La vida es sueño", de Calderón, ni del "Hamlet", de Shakespeare. El tema de la transcendencia de Dios, del dolor humano, su sentido y sinsentido, la actitud del hombre ante el Misterio alcanzan una altura que no imaginan

quienes reducen el libro a la breve narración del arranque del libro y de su final feliz.

Ahora, con un grupo de amigos, leo y trato de entrar en el «Cohélet», es decir, en el Eclesiastés, que siempre me llamó la atención como libro religioso y laico, a la vez. Lo escribe ciertamente un maestro de sabiduría. Quizá en su vejez. Quizá el mismo que en su juventud escribió el "Cantar de los cantares", y en su madurez el libro de los "Proverbios".

La mayoría de los cristianos no tienen ni idea de estas riquezas que están al alcance de persona menesterosa. Viven en la miseria espiritual los que pudieran ser príncipes del Espíritu. Cuando voy a la Iglesia los domingos espero escuchar algo sobre este Reino sobre el que marchamos hacia Dios. A veces me citan los Evangelios y los citan mal. No se los saben. En otras ocasiones hacen psicología o sociología. Cuando era chico, los domingos, en los colegios de los Hermanos de las Escuelas Cristianas teníamos clase de religión, antes de la misa. Yo soy mayor, de otros tiempos, lo sabes. Los Hermanos, muy sabiamente nos hacían aprender de memoria el evangelio de la dominica que nos habían explicado. Cuando ya dominábamos, al cabo del año, esos cincuenta y tantos evangelios, recuerdo que nos dijeron: "San Lucas, adelante".

El mal parece de siempre. No consuela saberlo. Hoy seguro que es más grave. Abro la "Guía de Pecadores", primera página. Su prólogo galeato empieza así: *«Una de las cosas para sentir; que hay hoy en la iglesia cristiana, es la ignorancia que los cristianos tienen de las leyes y fundamentos de su religión. Porque apenas hay moro ni judío que si le preguntáis por los principales artículos y partes de su ley, no sepa dar alguna razón de ella. Más, entre los cristianos (que por haber recibido la doctrina del cielo lo habían de traer más impresa en lo íntimo de su corazón) hay tanto descuido y negligencia, que no solamente los niños, más aún los hombres de edad apenas saben los primeros elementos de esta celestial filosofía»*

3.

1. Más silencio.

Me encantaría leer en el periódico, la televisión ausente, que los obispos españoles han subido a Compostela o se han encerrado en Silos, o en San Bernardo de Valbuena, junto al Duero, y, durante dos o tres días, exclusivamente ayunan y hacen oración, no otra cosa, para pedir a Dios por determinada necesidad de sus iglesias. Y, antes o después, cursada la petición, escuchar a Dios, sólo escucharlo.

Dígame lo mismo de una comunidad cristiana, congregación, grupo religioso, porque cree en el silencio de la oración.

Hay grupos que lo hacen y, de cuando en cuando, se unen al oficio divino de tantos monjes y fieles de la historia de la Iglesia y le cantan vísperas a Nuestra Señora, en latín, incluso. Veinte años de historia hacen de bóveda a ese canto gregoriano. Una de las cosas más hermosas del catolicismo es que somos muchos, legión, y todos contamos con todos y con cada uno.

En el silencio podría descubrirse, y deslumbrarnos con su realidad, lo que quieren decir las palabras del credo de los Apóstoles: *Creo en la comunión de los santos*. Tremendo misterio, mas o menos arrinconado hoy y reducido no se sabe bien a qué.

2. Biblia y catequesis sagrada y laica.

Literatura española a fondo, arte religioso medieval y renacentista. Rehabilitación de los grandes papas renacentistas, no digo canonización.

3. Liturgia.

Sueño con una liturgia que sea liturgia, esplendor de los Misterios cristianos, que abarrote los templos, por festiva, alegre, nutritora, total. Y que salga a la calle, como salen los tronos o los pasos de Semana Santa, suba a los escenarios de los teatros, como en tiempo de Calderón, Tirso y Lope, y cruce luminosa las nuevas y sorprendentes avenidas de la tecnología de la comunicación con el nombre de segundo camino de Santiago, porque lo sea. Es un sueño. Basta despertar.